

CORTÉS ARRESE, Miguel, *Ciudades entreabiertas*, Murcia, Nausicaä, Colección La rosa profunda, 2016, 92 pp. I.S.B.N.: 978-84-944683-6-0.



Las ciudades también se construyen cuando se escribe de ellas, y la capacidad de evocar a través de las palabras nos traspone a esos lugares recreados por la sensibilidad de quien es capaz de transmitir la hiperestesia del viajero deslumbrado, del curioso, del esteta que contempla las urbes que escoge para su disfrute.

Se hace evidente en este libro el saber de un lector voraz, que nos ilustra con sus innumerables fuentes reunidas en una prosa impregnada de muchos conocimientos, que es lo que reseñamos como la característica más definitoria en esta nueva obra del profesor Miguel Cortés Arrese, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Castilla-La Mancha. Reconocido especialista en el arte de Bizancio, nos ha acercado en muchas otras publicaciones a ese mundo oriental que fascina desde siempre a los ojos occidentales.

Ciudades entreabiertas es un libro compuesto en cinco capítulos, de lectura que estimula la atención desde su inicio. En el primero nos acerca a «Ciudades a la altura de su leyenda», mencionando aquí a Turín, Londres, Venecia o Nueva York, pasando así del Viejo al Nuevo Continente. En su prosa va enlazando las evocaciones de las distintas urbes a través de las citas o los pasos que por ellas dieron escritores renombrados, músicos, bailarines y también (cómo no en un libro escrito por Miguel Cortés), personajes del cine y directores cuya obra ya está unida para siempre a los perfiles de algunas de estas ciudades re-creadas en sus películas.

El libro singulariza después cuatro urbes, Estambul, Toledo, San Petersburgo y Moscú, en otros tantos capítulos dedicados específicamente a cada una. Nos deslizamos en estas cuatro ciudades imperiales de las que Cortés es profundo conocedor a través de un lenguaje sabio, en un viaje imaginario que nos lleva a espacios conformados no solo por la historia o por su fisonomía, sino por la percepción de quienes los han descrito, interpretado, y sobre todo, sentido.

Estambul, la antigua Constantinopla, capital de Bizancio y de los emperadores Constantino, Teodosio Grande, Justiniano o Teófilo, lo será luego de los sultanes que marcaron su impronta en ella; embelleciéndola y construyendo las mezquitas cuyas cúpulas se fundían con el cielo, la convirtieron en la mayor metrópoli de Europa, uniendo culturas y admiraciones. Los exóticos nombres de Solimán, Selim II o Mehmed el Conquistador nos trasladan, solo con su cita, a los escenarios de evocadoras gestas disfrutadas en ensayos o en novelas que pueblan el universo de tantos libros.

Pasamos a Toledo a través de la narración de lo que sintió Rainer María Rilke, poeta viajero siempre en búsqueda de la belleza, seducido por la pintura de El Greco. Rilke paseó gozosamente por la ciudad que había sido recreada por el cretense en una estremecedora visión bajo la tormenta, convertida en icono eterno de la misma.

Su perfil inconfundible asentado en la roca, definido por las murallas y torres que la circundan, y abrazado por la herradura del Tajo, fue antes evocado en la obra de románticos franceses como Laborde, Gautier, Dumas o Davillier, sin olvidar al pionero inglés en estas lides románticas, Richard Ford.

Apunta Miguel Cortés los nombres de escritores como Benito Pérez Galdós y su amigo el pintor Ricardo Arredondo, que hicieron de Toledo motivo frecuente de las páginas de uno y los cuadros del otro, creando su particular aportación a la historia de la ciudad. Labor que fue continuada en el siglo XX por artistas de la escuela de Vallecas, como el escultor Alberto y el pintor Benjamín Palencia.

De España vamos al continente extremo, y de nuevo de la mano de Rilke nos introduce Cortés en otra de sus ciudades entreabiertas, San Petersburgo, a la que el poeta alemán evocó en *Rusia en verso y prosa*.

Ciudad de llanura y planicie, de aristocráticos palacios y avenidas inmensas, Dostoievski la unió para siempre en su obra a *Las noches blancas* protagonistas de su corto verano. Pero también ciudad de agua y luz, que reflejada en el río Nevá y

en el mar Báltico, crea su destello particular cautivador para la pluma de muchos otros escritores como Anton Chejov o Vladimir Nabokov.

El último capítulo del libro nos transporta a Moscú, capital que se une a la majestuosa San Petersburgo por una línea ferroviaria inaugurada en 1851, trazada por el propio zar, y donde de nuevo encontramos a Rilke, llegando a visitar a artistas y escritores moscovitas en esa ciudad de siete colinas, que también ha sido denominada «La tercera Roma».

Arquitectura de color, la fortaleza del Kremlin, «mar de torres y cúpulas» en la pluma de Stefan Zweig, la capital del Moskova se nos presenta como un exótico destino para tantos viajeros. La historia más reciente ha cambiado el legado histórico de sus espacios configurando nuevos hitos contemporáneos, de sesgo muy diferente a los de la herencia de siglos.

En definitiva, esta nueva aportación del sabio magisterio de Miguel Cortés es además de una obra muy sugestiva, que consigue estimular con sus páginas el afán de pisar estas urbes, patrimonio común de una humanidad deseosa de conocer y experimentar la emoción de la cultura.

M.^a Teresa TERRÓN REYNOLDS
Universidad de Extremadura